

lumnas del suntuoso templo, me ví rodeado de repente por una multitud de niños árabes que me pedían *bakchis* (un regalo); muchas piastras distribuidas entre ellos no bastaron para contentarlos, y los mismos que ya tenían recibidas algunas, pedían mas y con mayor empeño, obligándome á recibirles pedazos de piedras que yo les veía levantar del suelo, y ellos llamaban reliquias de las vasijas que contuvieron el vino milagroso. Nada me admiraba que los Árabes me diesen piedras por reliquias, cuando su religion no respeta las que veneran los cristianos, y cuando á trueque de recibir algun dinero profanarian las mas santas; pero ver á sacerdotes que se dicen de Jesucristo presentar del modo mas serio fresca y entera una de aquellas vasijas, burlando así la credulidad de los sencillos por el interes de unas pocas monedas, me asombraba. Sensible es que Lamartine, al referir el lance de las *jarras*, omitiese decirnos que son cismáticos los que las exhiben, y que ningun monje católico existe en Caná de Galilea.

Al montar á caballo llovía sobre mí un aguacero de piedras; eran probablemente las mismas que no acepté como reliquias: nada valieron las piastras distribuidas, los mismos que las guardaban se empeñaban mas en ofender. ¡ Ved ahí la gratitud de aquellos pequeños Árabes que correspondían á pedradas el dinero que recibieron! En hombres sin civilizacion de ningun género nada deben admirarnos ocurrencias semejantes; los que en Europa se llaman ilustrados, y dicen combatir por la ilustracion, han dado á aquellos el ejemplo. Los rojos de Helvecia, que corrian á pedradas á los monjes de San Bernardo, que sacaban de entre la nieve y arrancaban de los precipicios á los viajeros extraviados, los que pegaban fuego al hospicio donde tantos millares se cobijaron durante la tormenta, ¿ no exhiben escenas mas repugnantes que la ingratitud de los Árabes? ¿ ó aprendieron estos su conducta de aquella que observan los civilizados europeos?



CAPÍTULO XII.

Campo de las Espigas. — Monte de las Bienaventuranzas. — Lugar de la multiplicacion de los panes. — Saphed. — Planes de Hittin. — Tiberiades. — Circunstancia desfavorable. — Tradicion israelita. — Los rabinos de Tiberiades. — El mar de Genezareth. — Paseo en rededor del lago. — Pais de los Gerazenos. — Ilusiones. — Cafarnaum, Coratzain y Betsáida. — Majestad del Thabor. — Subida. — Misa entre las grandiosas ruinas de su cumbre. — Un monje del Thabor mártir del dinero. — El Hermon. — Campo de Débora. — Nephet-Dor. — Ruinas de Cesarea.

Cada paso que adelanta el viajero en Palestina va acompañado de recuerdos é impresiones, en los que todo lo grande y majestuoso de los cielos desciende á mezclarse con los seres de la tierra, para hablar al corazon de los mortales ilustrados por la Religion. Salía yo de Nazareth, habia visto los vestigios, por así decir, que dejó Dios hecho niño y vestido de carne humana, contemplado en Caná las primeras muestras que dió de su poder, y entraba en los campos de la Galilea, donde los sermones de Jesus, cual rayo despedido por el sol, anunciaron á un mundo que esperaba tantos siglos haber llegado el tiempo de su redencion. Los valles, las aguas, las montañas, sus bosques, y hasta las piedras, parecen conmovirse para cantar la gloria del Señor, que un día las hollaba con la planta de su pié, ó las hacía resonar con el eco de su voz. Atravesaba el campo de las Espigas, formado por la abertura que hacen los montes de Galilea á tres cuartos de legua de Caná, y los despojos del trigo que los Árabes acababan de cosechar me recordaban el falso

celo de los Fariseos, que dió ocasion para que allí predicase el Maestro Divino aquellas sublimes máximas que explican la profunda filosofía del cristianismo. « El Hijo del hombre es el Señor; misericordia quiero y no sacrificio. » Los Apóstoles, hambrientos, cortaban algunas espigas y comian; aquellos hipócritas viéndolos: « Mira, dijeron al Salvador, cómo quebrantan tus discípulos la ley, haciendo lo que no es lícito el sábado. — ¿ No habeis leído, les respondió Jesus, que David, cuando tuvo hambre, tomó los panes que reservaba la ley para los sacerdotes? ¿ y no habeis leído tambien que estos mismos en el templo quebrantan el sábado sin pecado? Pues sabed que aquí está quien es mayor que el templo. »

Recordando los sucesos que acompañaron la predicacion, de esta doctrina celestial, el alma siente mil inspiraciones religiosas; esa muchedumbre que sigue al Salvador del mundo, los enfermos que se agolpan para tocar sus vestidos, y los discípulos que introducen nuevos creyentes á su Maestro, forman el conjunto del espectáculo admirable que ofreció la Galilea, y cuya fama conmovió las montañas de Judá y los países vecinos de Tiro y de Sidon. En una de las lomas de Hittin me detuve largo rato, ni una persona veía fuera de las que componian nuestra comitiva, y el silencio que reinaba en toda aquella espaciosa region, unido á recuerdos que conserva el Evangelio, imprimia sobre fragmentos de edificios que miraba caidos á mis piés la imagen del espíritu triunfante sobre la carne y del mundo ilustrado con doctrina venida de los cielos. ¡ Ah! una multitud aquí mismo se agolpó un dia para oír preceptos ignorados hasta entónces de los hombres; y el Salvador, á la faz de un mundo que afectó desconocerle, llenó su alto ministerio de Maestro, Legislador y Consejero. No enseñó la sabiduría humana, sino la ciencia de la eternidad, ni sancionó teorías, sino leyes prácticas, y que con la vivísima claridad de sus consejos hizo su ejecucion mas fácil todavía. Aquí abrió el reino de los cielos al corazon sencillo



Lith. Arvey, s. St Honoré, 67.

EL MONTE LIBANO.

é inocente, bendijo al humilde dándole la posesion perfecta de sí mismo, prometió consuelos eternos al que llora sus extravíos, y abundancia de medios para progresar al que corre ansioso tras de las virtudes. — Aquí predicó misericordia, y llamó *Bienaventurados* á los que practican las obras que esta inspira, prometió el cielo al alma sin doblez, premió á los pacíficos con el dichoso título de *Hijos de Dios*, y bendijo las penas y congojas de todos los que sufren los penosos efectos de la injusticia humana. Ved ahí la filosofía sublime del Evangelio compendiada por su Divino Autor, que « abrió su boca para enseñar á los pequeños y mansos de corazón. » Este es el *Monte de las Bienaventuranzas*, mas célebre por la doctrina de Jesucristo que el Académus y el Areopago, ilustrados por las cátedras de los famosos oradores y filósofos de la Grecia. En él mismo descubrió al mundo un manantial perenne de bienes y consuelos mas apreciables que cuantos prometen los hombres, la fortuna y la elevacion terrena. « Vosotros rogaréis, esta es vuestra riqueza, dice á los que le escuchan, pues todo lo que pidiéreis se os dará por El que tiene todas las cosas en sus manos. » — Aquí enseñó el *Padre nuestro*, la oracion por excelencia, que repitió despues sobre el monte de las Olivas.

La dulzura del Salvador tenia cautiva á esa muchedumbre prodigiosa que, despues de seguirle por los valles frondosos de la Galilea, no le dejó cuando entraba en un desierto árido cerca de Tiberiades. Jesus levantó la vista desde el monte, donde estaba sentado entre sus discípulos, y « viendo que esa multitud venia á Él, dijo á Felipe: « ¿ Dónde compraremos pan para que coman estos? — Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados, dijo Andres, hermano de Pedro; ¿ pero qué es esto para tanta gente?... » Jesus les ordenó, no obstante, distribuir aquellos pocos panes y pescados entre cinco mil personas sentadas sobre la yerba, y cuando se hubieron saciado todos: « Recoged, les dijo, los fragmentos, para que no se pierdan. » Así lo hicieron, llenando

doce canastas que sobraron de los cinco panes y dos peces distribuidos (1).

De léjos miraba desde aquí la ciudad de Saphet, edificada en lo mas alto del Hittin á manera de una inmensa fortificación: en sus inmediaciones nació Tobías, y ella domina la Iturea, la Tracónite, los desiertos de Bosra y el país dado á las tribus de Zabulon y Nephtalí.

Los llanos de Hittin, tristemente célebres por la gran victoria que obtuvo Saladino sobre los cruzados mandados por Guido de Lusignan, rey de Jerusalem, y Raimundo, conde de Trípoli, que decidió la pérdida de Palestina para los cristianos (2), presentan una tierra árida, sin árbol ni verdura alguna que pueda templar los rayos de un sol abrasador. No tardé en llegar á su extremidad y en divisar desde esta el mar de Genezareth, que se extiende entre montañas con la pompa solemne de que le visten sus recuerdos divinos.

La ciudad de Tiberíades, edificada por Hérodes Agripa en el lugar mas fértil de Galilea, domina el pequeño mar; y en ruinas como se encuentra vive solo para unir los eslabones de esa larga cadena de maldiciones y calamidades que la postraron completamente. Fortificada por soberbias murallas y elevadas torres, hoy están reducidas estas á montones de escombros, sobre los que pasean lobos y chacales durante el silencio de la noche. Sin embargo, Tiberíades conserva esa importancia que dan la adversidad, una población considerable y sociedades de literatos establecidas en su seno y de las que luego vamos á ocuparnos.

La circunstancia de mi llegada era muy desfavorable para visitarla: una sublevación había tenido lugar entre los Druzos, y cinco mil soldados árabes acababan de entrar en Tiberíades para dirigirse luego á las montañas del Líbano. Esta tropa, sin moral ni disciplina militar, se divertía come-

(1) S. Juan, cap. vi.

(2) El 5 de julio de 1187.

tiendo extorsiones de toda clase, y disparando sus fusiles por mero placer en las calles de la población. Desde el terrado del convento de Franciscanos, único hospedaje que abre allí sus puertas al viajero, contemplé la vasta extensión que ocupan las ruinas de la corte de Agripa, así como el triste panorama que presentan unidos los escombros y la miseria de la ciudad actual. Los únicos grandes edificios que se elevan hoy en el recinto de esta son el templo católico y la sinagoga, poco distantes uno de otro.

Una tradición muy respetada por todos los Israelitas asegura que el Mesías vendrá á Tiberíades, Betulia, Cafarnaum y Jerusalem, cuyas ciudades por eso veneran ellos como lugares santos. Tiberíades cuenta entre sus pobladores al ménos cuatro mil Hebreos, y continuamente se ven desfilando por sus silenciosas calles largas tropas de camellos, que conducen familias israelitas que dejaron Constantinopla, Alemania ó la Polonia, por venir á morir en las riberas de Genezareth, ciertos que el Mesías bendecirá algun día su sepulcro, cuando Señor de todas las naciones atraviere triunfante los campos y caminos que las rodean. Es seguro que muchos de los rabinos que habitan esta ciudad descienden de los que existían en el mismo lugar en el tiempo de Jesucristo, así como también lo es que su sinagoga es considerada como la mas sábia del Oriente, y aun de todo el mundo.

Los rabinos de Tiberíades adquirieron gran reputación desde el Talmud y la Masora, elaborados en su seno; un doctor de la escuela de Tiberíades dió á S. Jerónimo lecciones de hebreo, y en esta misma ciudad fueron encontrados en distintas épocas muchos libros de las Santas Escrituras escritos en griego y en hebreo. Hasta hoy esta escuela se conserva, pero de la manera que lo permiten las desgracias y la obcecación de sus miembros y doctores: los jóvenes nacidos en Oriente y Occidente que son destinados para rabinos, haciendo en su academia sus estudios al lado de los viejos profesores del Talmud, adquieren entre los suyos reputación tan colosal, cual

no podrian alcanzar cursando en alguna de las otras escuelas de Asia, Italia ó Alemania. Mas el que vino á cumplir las figuras anunciadas en la ley que explican los rabinos suprimió sus sinagogas y academias, estableciendo una nueva jerarquía y una nueva Iglesia, á cuyo seno llamó á todas las naciones; en Tiberíades encomendó su gobierno á un pescador, dándole poder para hacer leyes. Este es el grande hecho que anuncia el templo católico que se levanta en el recinto de la ciudad dedicado á S. Pedro, á quien fué dicho: « Apacienta mis ovejas. »

El mar ofrece uno de los espectáculos mas imponentes de Palestina: llamado *Lago de Genezareth* por los Judíos unas veces y otras *Mar de Galilea*, no tomó el nombre de *Tiberíades* sino cuando Heródes hizo edificar en sus playas una ciudad en honor de Tiberio, que acababa de subir al trono de los Césares. Mide cinco leguas de largo, y su ancho en la mayor extension no pasa de dos; su agua es buena para beber y fácil de sacarse porque no tiene en su ribera sino un peso muy ligero; es tan fria que ninguna alteracion produce á su temperatura el calor del sol á que la exponen los naturales del país en el estío; y en su seno se encuentran diversas especies de pescados no conocidos en otra parte. « La tierra que le circunda, y que lleva su mismo nombre, admira por su belleza y fecundidad al mismo tiempo. No hay plantas que su naturaleza no sea capaz de producir, ni nada que el arte y el trabajo de sus habitantes no hagan contribuir al provecho de estas ventajas. El aire es templado y propio para la produccion de toda clase de frutos; allí se ven los árboles de los países frios, y creciendo á su lado los que necesitan muchos grados de calor: las palmas, los nogales, los olivos, las higueras y todos cuantos podrian apetecerse, allí todos se encuentran reunidos. Parece que la naturaleza, en esfuerzos de amor hácia este bello país, quiso divertirse, esparciendo sobre su dichoso suelo plantas rivales unas de otras, criando de esta manera una region que nada

tiene que envidiar á las mas agradables y felices de la tierra (1). » Todo esto que escribia el célebre cronista de los hechos de los Judíos, despues de la derrota que estos sufrieron combatiendo con la flotilla de Vespasiano, que dominó las aguas del Genezareth, subsiste todavía, á excepcion de lo que depende de la industria y del trabajo del hombre. La naturaleza indudablemente no ha cambiado, pero los esfuerzos humanos que deben secundarla no aparecen. Las montañas que le rodean, áridas y blanquizas, ofrecen desde sus lomas puntos de vista sorprendentes; pero las miradas codiciosas del observador van á perderse entre objetos tristes, macilentos y salvajes. Buscad los bellos jardines, buscad las frondosas arboledas, preguntad por los nogales y palmeras que esa naturaleza feraz y caprichosa hacia crecer á un tiempo á las orillas del lago; preguntad por las higueras y viñedos « que regalaban diez meses en el año con frutos exquisitos á los moradores de este país afortunado (2). » Nada veréis ni nada encontraréis, porque nada existe; nadie tampoco os responderá, porque toda esta tierra ha quedado solitaria.

Dando vuelta en rededor del mar, se conoce mejor la desolacion de este paraíso de Galilea. Yo buscaba al Occidente aquella Cafarnaum, tan opulenta y populosa, edificada sobre alturas cuyo pié bañan las aguas, aquella Cafarnaum á quien Jesus distinguió con el nombre de *ciudad suya*, y llamó á su fe con prodigios repetidos, y encontré por único vestigio de su existencia pasada uno que otro fragmento de columnas y algun monton de tierra que encerrará en su seno las piedras que le sirvieron de cimiento. Una voz terrible se oyó un dia en aquel sitio, ahora desierto: « Cafarnaum, que te elevas hasta el cielo, descenderás hasta el infierno (3). » Esta voz no salia de un torbellino de fuego como la de Elías, ni se oyó entre el estampido de los rayos como la del que daba leyes en el Sináí:

(1) *De bello jud.*, lib. III. (Josephus.)

(2) *El mismo.*

(3) S. Mateo, cap. II.

pasó inapercibida para muchos, y los mas despreciaron á su Autor. No obstante, Cafarnaum cayó oprimida por el peso de la maldición, y el que la pronunció, paseando hoy sobre las alas de los vientos y sentado entre el resplandor de querubines, pregunta al polvo de sus escombros: «¿Dónde está tu fuerza, Cafarnaum, dónde está tu fuerza?»

Siguiendo la misma costa, Betsáida, que dominaba la ensenada mas hermosa, y una de las bocas del Jordan que entra allí á depositar sus aguas en el lago, y Coratzain construida en la ribera opuesta de aquel rio, no ofrecen mas que una que otra cabaña de pescadores, y de vez en cuando tribus que vienen del desierto y atraviesan sobre sus ruinas «en caballos mas lijeros que leopardos y mas corredores que los lobos en la noche.» Al Oriente, en el país de los Gerazenos, ningun vestigio queda de Geraza y Magedon, destruidas por los Romanos; se ven, sí, grutas abiertas en las rocas, y son estas las tumbas á que alude el Evangelio al referir que «saliendo Jesus de la barca, se llegó á él un hombre que venia de los sepulcros poseido del espíritu inmundo, habitaba entre las tumbas, y habiendo roto los grillos y las cadenas, sin que nadie pudiera sujetarle, corría por los montes hiriéndose con piedras (1).» Pero estas costas despojadas como se encuentran, sin villas, jardines ni arboledas, ¡qué magníficas se me presentaban engalanadas con tantos y tan sublimes pasajes de la vida de Cristo que presenciaron! Marchitas parecen las flores mas fragantes, y secos los laureles de verdor mas fresco al lado de la majestad sublime que ostenta el Hijo de Dios vivo, hollando con su planta las aguas de Genezareth, imperando los vientos desde la frágil nave, y congregando los peces á su voz en la red tendida en vano tantas veces. Yo atravesaba las aguas de ese mismo mar, que puras y tranquilas parecían un espejo inmenso.... ¡Quizá por aquí mismo atravesó la barca

(1) S. Márcos, cap. v.

de Jesus! ¡Quizá aquí mismo extendía su mano para fortificar al discípulo cuya fe desfallecía! ¡Ah! en el mar borrascoso de la vida, entre las furiosas tempestades que levantan los opuestos intereses de los hombres, ¡ojalá se extienda esa misma mano que nos salve! ¡Y ojalá el mortal, que atollado en otras ondas todavía mas furiosas, apenas domina un corazon rebelde, pueda siempre exclamar con viva fe: «¡Mándame que venga á ti!»

Muy de mañana salí de Tiberíades, y cuatro horas despues me encontraba al pié del bello monte Thabor. El cielo estaba completamente despejado, un sol brillante derramaba su luz sobre los verdes bosquecillos que cubren á trechos la montaña, y el vasto campo de Esdremon parecia sumido en un profundo silencio cuando principié á subir á pié una cuesta pendiente y trabajosa para llegar á su cumbre. Dos horas de fatiga fueron luego remuneradas con exceso; ¡no he visto lugar mas delicioso que la cumbre del Thabor! Es un llano que se extiende média legua, cubierto completamente de yerba lozana y flores olorosas, de gruesos árboles, rosas, laureles y mil arbustos que forman bosques frondosísimos. Á una elevacion de mil setecientos cincuenta y cinco piés sobre el Mediterráneo y dos mil trescientos ochenta sobre Tiberíades, contemplé el panorama mas hermoso que existe en todo el mundo. Al Sur mi vista se detenía sobre los lejanos montes de Gelboé y sobre los de Efrain y de Judá, al Occidente en el Carmelo, al Norte se paseaba en Galilea, recorría las cimas elevadas del Antilibano, los picos blanquecinos del Hermon y el pintoresco mar de Tiberíades; seguía el curso del Jordan para ir á descansar mas léjos en la cumbre del Nebo. Pero á todo este sublime panorama aventajaba con mucho el que descubria leyendo en S. Mateo: «Llevó Jesus á sus discípulos Pedro, Santiago y Juan á un monte muy alto y se trasfiguró delante de ellos. Su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. Moises y Elías aparecieron al